

# Chilam Balam de Chumayel

Libro maya de los hechos  
y las profecías

Edición de Miguel Rivera Dorado



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Cabeza de guerrero procedente del Templo de las Inscripciones de Palenque, México  
© ACI/Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición, introducción y notas: Miguel Rivera Dorado, 2017  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-642-4  
Depósito legal: M. 130-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción
- 111 Bibliografía general

## Chilam Balam de Chumayel

- 119 1. Crónica de los antepasados
- 137 2. Lamentaciones en un Katún 11 Ahau
- 140 3. El final del tiempo antiguo
- 146 4. Notas calendáricas y astronómicas
- 153 5. Palabras del Suyuá Tan
- 171 6. Los nuevos y los viejos dioses
- 190 7. El Katún 13 Ahau
- 193 8. Canto triste de los itzaes
- 197 9. El nacimiento del uinal
- 202 10. Sucesos en un Katún 10 Ahau
- 208 11. Segunda serie de palabras del Suyuá Tan
- 217 12. La rueda de los katunes
- 232 13. Vaticinios de los Trece Katunes
- 259 14. Las últimas profecías



# Introducción

Hace más de 30 años, mientras ponía en marcha el Proyecto Oxkintok para excavar y restaurar esa ciudad prehispánica del noroeste de la península de Yucatán, me propusieron hacer una edición de un enigmático texto indígena, el libro de Chilam Balam de Chumayel. El profesor Manuel Ballesteros era el director de la colección Crónicas de América, donde la obra debía aparecer. Desde luego, Ballesteros tuvo en cuenta mi labor como arqueólogo en el área maya, donde debuté como colaborador del equipo de William Coe en el ya lejano año de 1971. En aquel tiempo la mayología era una disciplina inexistente en España, y puedo alardear con cierta justificación de haber sido el primero en practicarla en nuestro país de una manera profesional y haber contribuido a su arraigo y expansión en la década de los setenta. Pero yo no era filólogo, lo que suponía una limitación importante. En todo caso, el desafío me agradó sobremanera y me puse

de inmediato a planear cómo abatir los obstáculos que se alzaban en mi camino. Por un lado decidí tomar como punto de partida la traducción de Antonio Mediz Bolio, generalmente aceptada, e incluso aplaudida, por muchos estudiosos, y por otro lado, y aprovechando mi estancia en Yucatán, opté por recurrir a dos expertos en lengua maya de la Academia de la Lengua Maya de Mérida, uno de ellos plenamente nativo. Así salió aquella edición que hoy me dispongo a revisar a la luz de los nuevos conocimientos y las transformaciones ocurridas en mi propia manera de pensar.

Cuando los egipcios dejaron de escribir sus jeroglíficos, empezaron los mayas a labrar en la piedra los suyos. De igual modo que Justiniano cerró al fin el templo de Isis en la isla de Filae convirtiendo el edificio en una iglesia, mil años después los españoles que invadieron Yucatán trocaron los santuarios indígenas en lugares apropiados para el culto cristiano. Y así como la lengua de los faraones perduró evolucionada en el copto que se escribía por medio del alfabeto griego, el maya tradicional aprovechó el alfabeto castellano para expresarse gráficamente olvidando los signos proscritos de la antigüedad. Practicadores religiosos y caciques de los poblados, piadosos, herederos y guardianes de una liturgia milenaria, de mitos y fórmulas rituales que estaban perdiendo con celeridad el sentido originario, trasladaron su sabiduría a las nuevas escrituras, tal vez con la vana ilusión de conservar para la posteridad un mundo de creencias y valores que había probado su virtud a lo largo de los siglos, sustentador de la civilización más brillante de la América precolombina y fuente de legitimidad para el orden social de los pueblos

del territorio mesoamericano que llamamos área maya o, a veces, con alguna exageración, Mayab.

Hasta aquí las comparaciones, que permiten no tanto generalizar cuanto elevar el grado de abstracción con que se percibe la singular cadena de los acontecimientos. Las ideas, aun en decadencia, tienden a refugiarse y pervivir bajo los distintos ropajes que imponen los dominadores o que marcan el transcurso del tiempo y los procesos de cambio cultural. A medida que los navíos de los conquistadores atracaban en las bahías y ensenadas de la cálida península de Yucatán, y desde que los ejércitos forasteros pisaron soberbios los viejos caminos de la selva, los ancianos de las aldeas y los oficiantes de los centros ceremoniales sintieron la amenaza; solemnes y melancólicas profecías, que el lector tendrá ocasión de conocer más adelante, anunciaron a todos los rumbos la terminación de los tiempos nativos, el aplastamiento de las instituciones ancestrales y la persecución a que iban a ser sometidas la religión y la moral de los constructores de pirámides.

En ese mismo instante la comunidad de los vencidos inició una resistencia que ha probado después ampliamente su eficacia; los relatos sobre el origen de las naciones mayas corrieron de boca en boca y se grabaron de manera indeleble en la mente de los jóvenes, los hombres principales se reunieron subrepticamente para afirmar la verdad de sus costumbres seculares, los que no perecieron por la espada o por las extrañas enfermedades que transmitían los europeos fueron conscientes de que su única posibilidad de supervivencia cultural, de salvaguardar una identidad amenazada de

muerte, estaba en la conservación del pensamiento tradicional, en seguir viendo el universo que les rodeaba como lo habían hecho sus antepasados, y todos los habitantes del vasto país comprendido entre la isla de Cozumel y las montañas de Chiapas, entre el golfo de México y el de Honduras, hallaron al unísono el procedimiento idóneo: ocultaron en los pliegues de los nuevos hábitos impuestos, en los resquicios de las leyes ajenas y en las ambigüedades de las ideas cristianas su propia forma de ser y de sentir.

Con tanta presteza desarrollaron esos mecanismos de defensa, y con tanta habilidad sortearon la suspicacia de cerri-les encomenderos y clérigos fanáticos, que hoy todavía permanece viva y activa una gran parte de la mentalidad maya de raíz prehispánica. Detrás de las cofradías y hermandades, agazapados en la organización de las autoridades comunales, velados por las celebraciones sacras de un catolicismo barroco y exultante, encarnados en las mismas imágenes de los santos o en las siluetas elementales de las cruces que jalonan cerros y senderos, están las jerarquías, las asambleas, los ritos y los dioses que los mayas han conocido y venerado desde siempre, producto de su particular e irreductible experiencia vital a través de dos milenios de historia civilizada, y de un remoto acuerdo colectivo que estuvo en la génesis de su grandeza, cuando los reyes divinos gobernaban despóticamente desde espléndidas ciudades como Tikal, Palenque o Copán, y cuando miles de seres humanos erigían templos colosales a la memoria de los dirigentes asimilados a los originarios demiurgos cósmicos.

La saña y contundencia con que los dominadores trataban de erradicar el llamado paganismo de los indios no

sólo tuvieron consecuencias en el capítulo de la variedad y riqueza de los disfraces con que se cubrieron las viejas prácticas, sino que determinaron la paulatina pérdida de razón de creencias, fórmulas y ceremonias. Es decir, los mayas dieron lógica preferencia al mantenimiento del signo en sí frente a sus naturales funciones en contextos culturales que habían desaparecido o tenían muy mermodos sus caracteres primigenios, el significante se convirtió en reforzada seña de identidad mientras que el significado se adaptaba a las condiciones de un comportamiento mestizo de apariencia occidental; por ejemplo, el copal o *pom*, la resina sagrada que se quema en braseros especiales durante los actos religiosos, siguió consumiéndose ante los santuarios y altares católicos, y muchas plegarias para conjurar a los vientos o hacer huir a los espíritus malignos del bosque fueron susurradas en la misa o quizá, con ligeros retoques, mientras el misionero bendecía casas o cosechas. A veces un franciscano curioso interpe-laba a sus feligreses sobre las palabras de una de esas invocaciones, o les urgía a declarar los motivos del uso de ciertos objetos en sus actividades idólatras, y raramente obtenía otra cosa que evasivas, o bien respuestas que eran solamente sutiles exposiciones de lo que el encuestador deseaba de antemano escuchar según sus personales prejuicios, un fenómeno bien conocido por los antropólogos modernos que trabajan con informantes hartos de tanto estúpido interrogatorio, pero que entre los mayas del período colonial obedecía también a ignorancia de los indígenas y a que los elementos de una ceremonia o los atributos de un escenario religioso encontraban su justificación en sí mismos, eran *costumbre*, lo que trans-

mitían los labriegos de padres a hijos, lo que hacía diferentes a los indios de los españoles.

Es bien sabido que la realidad se construye mediante el lenguaje. No hay mayor amenaza para la estabilidad de una cultura que la introducción e imposición de una lengua extranjera o la deformación deliberada de la propia. Los mayas se revolvieron indignados cuando los españoles proscribieron y persiguieron determinados giros lingüísticos relacionados con su cosmovisión, pero los invasores, que sabían perfectamente cómo doblegar la fortaleza nativa, se mostraron inflexibles. Hablar en cristiano era pensar en cristiano y aceptar un mundo erigido cristianamente, o sea, renunciar al ethos precolombino, y los mayas procuraron que esa renuncia, que afectaba a la percepción tradicional de las cosas, y por ende a su condición de seres humanos singulares y libres, no se produjera con la rapidez y la eficacia que deseaban sus nuevos amos. La lengua maya constituyó, desde el siglo XVI, el cobijo donde se refugiaron las estructuras de pensamiento de la vieja civilización, aunque la inevitable práctica cotidiana, la paulatina y forzada adaptación a las nuevas situaciones, convirtieron en obsoletos o crípticos, y minoritarios, muchos términos y expresiones. Como reiteraré más adelante, los denominados libros de Chilam Balam son un testimonio más de la resistencia cultural yucateca a la absorción y la integración en el sistema de valores de la potencia ocupante. Aunque hoy cueste trabajo aceptarlo, fueron textos de guerra, donde se plasmaron las voluntades de los resistentes, no con el objeto de volver al pasado, inalcanzable ya, sino para frenar en la medida de lo posible la aniquilación.

Uno de los lugares donde se escondió la cultura tradicional fue la literatura de corte europeo. Pequeñas piezas teatrales, farsas, canciones, narraciones legendarias de estilo bíblico, y hasta almanaques de los que se habían puesto de moda en el Viejo Mundo al finalizar el Medioevo. La difusión de tales composiciones en el ámbito nativo no dejaba de levantar sospechas entre los frailes, pero bien fuera por el marcado tono superficial de mero pasatiempo o por los canales casi clandestinos por los que circulaban, soportaron con bastante fortuna las asechanzas de los voraces inquisidores y sirvieron de vehículo de comunicación y de identificación social para las gentes monolingües, y también de recipiente en que se depositaron multitud de ideas antañonas, confusos recuerdos históricos, relatos sagrados y toda clase de anotaciones acerca del pasado y de la penosa situación por la que atravesaba la cultura autóctona. Algunos mayas aprendieron en seguida a valerse de los caracteres gráficos españoles para reproducir en el papel los sonidos de su lengua, con lo cual podían prescindir de la antigua escritura jeroglífica, que era calificada oficialmente de instrumento del diablo, y aprovechar a la vez las ventajas de un sistema mucho más sencillo y económico, cuyo empleo y lectura eran fáciles y de rápida enseñanza.

Es seguro que desde la segunda mitad del siglo XVI, cuando algunos indígenas dispusieron de papel y se encontraron bien familiarizados con la escritura europea, se empezaron a recopilar en distintos poblados yucatecos una suerte de tratados misceláneos que contenían noticias históricas, apuntes médicos, tradiciones religiosas, observaciones astronómicas y otros materiales afines.

Estos manuscritos pasaron de generación en generación, guardados con esmero y ampliados permanentemente con nuevos pensamientos y sucesos. Su aspecto general no dis- taba mucho de los repertorios o reportorios de la época (*Repertorios de los Tiempos*), que los colonizadores habían llevado consigo desde Europa o habían recibido una vez instalados en la rutina de las explotaciones rurales o de la vida ciudadana. Como he dicho antes, los mayas, despro- vistos de las largas tiras de corteza donde habían dibujado ideas y acciones de la vida prehispánica y sus remotos an- les, aprovecharon con toda probabilidad el modelo de los almanaques cristianos para reproducir las dispersas señas de identidad, aunque junto a transcripciones quizá literales de los textos jeroglíficos fueran mezclados en sorpren- dente turbamulta los nombres sacrosantos del catolicismo, pá- rrafos inspirados en la Biblia, conocimientos prácticos de neto corte renacentista, cronologías de aquí y de allá, y otras variadas reflexiones sincréticas cuya impenetrable os- curidad puede deberse tanto a las remotas raíces mayas como a la peculiar manera que tuvieron los indios de com- prender la doctrina que les impartían sus dominadores.

Un ejemplo perfecto de ese trasunto prehispánico es el siguiente texto de Alfred Tozzer, según información re- cogida en 1907 cerca de Quintana Roo, y reproducido por Victoria Bricker:

Un camino suspendido en el cielo, que se alargaba desde Tu- lum y Cobá hasta Chichén Itzá y Uxmal. Este sendero se lla- maba *kusansum*. Era como una larga cuerda (*sum*) supuesta- mente viva (*kusan*) y en la mitad brotaba sangre. Era por esta cuerda por donde se enviaba comida a los antiguos go-

bernantes que vivían en los edificios ahora en ruinas. Por alguna razón esta cuerda se cortó, la sangre se esparció, y el camino desapareció para siempre.

Arthur G. Miller, que estudió las pinturas de los templos de Tulum, relacionó la creencia indígena con las cuerdas que enlazan allí a las divinidades. Como es obvio, el *kusansum* es un cordón umbilical que provee a los reyes y señores de la sustancia vital que emana de los cielos, es decir, de los dioses celestiales, un vínculo que refuerza la legitimidad de tales gobernantes y les dota del carácter sagrado y sobrenatural visible en la iconografía clásica. También en los códices de París y Madrid hay dioses unidos por cuerdas. Es una idea muy antigua presente aún en las tradiciones yucatecas, como ha podido comprobar la antropóloga Ascensión Amador, y que pone de manifiesto igualmente la importancia de los linajes: cuerda es signo de descendencia, según mostraba ya el arte olmeca.

## Los libros de Chilam Balam

Tales cuadernos, a veces relativamente voluminosos, son llamados libros de Chilam Balam porque en sus páginas se menciona a un personaje, profeta de este nombre o rango, que debió tener cierta fama en los años anteriores a la conquista. *Ab chila'n* o *chilam* significa realmente 'intérprete', y los diccionarios españoles acuñaron para esta voz la frase *chila'h Van*, es decir, declarar en otro lenguaje; de hecho, intérprete era casi equivalente a nahuatlato, el que podía expresarse también en el idioma del altiplano central de México. Como *ab chila'n* se tra-

duce además por faraute, mensajero o heraldo, podemos sospechar con todo fundamento que el sacerdote maya que portaba el apelativo tenía la misión de anunciar y descifrar la palabra y la voluntad de los dioses. *Balam* significa ‘jaguar’, pero lo mismo puede ser un nombre de persona, un patronímico, que la designación de cierta categoría de religiosos indígenas; reyes, gobernantes y otros individuos de la nobleza incluían a veces entre sus títulos el de *balam*, prueba de fortaleza y referencia a su elevada estirpe. Hoy día los indígenas todavía relatan la presencia intermitente de *balames* o *balamob*, en el plural maya, en los parajes cercanos a sus aldeas, entidades espirituales no muy diferentes en la apariencia de los duendes llamados *aluxes*, aunque estos *balames* sean sobre todo protectores de los campos y las gentes y no muestren el comportamiento travieso de sus congéneres. En tales cuestiones folklóricas se percibe la ambivalencia de numerosos personajes de la mitología maya, en la que se funden a veces figuras casi antagónicas o se escinden en numerosos avatares caracteres que lucen robustas personalidades. El jaguar era uno de los símbolos más importantes, imagen del cielo nocturno y del sol en su recorrido por el inframundo, ropaje que identificaba el valor y el poder de los dirigentes, puesto que se trataba del felino más fuerte de las selvas americanas. Muchos reyes visten en los relieves y las pinturas clásicas la piel del jaguar, lo mismo que ciertos sacerdotes y divinidades del panteón. Este mamífero depredador era también ofrenda sacrificial de especial relieve, y sus garras se han encontrado en escondrijos y tumbas. Suscitaba el temor y el respeto, la veneración y el ansia de emulación. El practicante religioso

que llevara en época tardía tan solemne nombre debía ser persona de muy singular aprecio y de funciones cruciales para la buena marcha de la colectividad, adivino, profeta, guía, organizador, relacionado con el misterioso más allá que tanto preocupaba a los mayas desde tiempos inmemoriales.

Según Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón, Chilam Balam vivió en la ciudad de Maní en época de Mo-chán Xiu, poco antes de la llegada de los españoles; predijo el advenimiento de una nueva religión, y de ahí su inusitado renombre posterior. Estos autores creen que la profusión de libros de Chilam Balam, de diferente extensión, incluso alguno cuidadosamente encuadernado, mas todos con grandes semejanzas en el contenido y en la manera de ordenar la información, se debe a que algún viejo sacerdote de la fe nativa que recibió instrucción de los frailes –y llegó a manejar prontamente los caracteres que se adaptaban a la fonología del maya yucateco– transcribió textos religiosos e históricos de sus tiras de corteza dobladas y cubiertas de jeroglíficos. Atenuada así la posibilidad de ser acusados de idolatría –quizá destruyendo a continuación los libros prehispánicos, u ocultándolos en recónditos lugares–, los sagrados dignatarios de la antigüedad hicieron copias que se difundieron a numerosos poblados, seguramente allí donde la llama de la tradición permanecía viva y vigorosa. En cada lugar se fueron sumando otros materiales al núcleo original, de acuerdo con el criterio del poseedor y según los acontecimientos locales. Eran tenidos por libros santos, y probablemente leídos con frecuencia por los hombres sabios, o en las ocasiones en que se reunía la asamblea de

la comunidad. Con objeto de conservarlos para la posteridad, se copiaron a medida que se deterioraban, y sin duda los copistas cometieron errores, suprimiendo y añadiendo frases según les dictaba su conveniencia. Los libros de Chilam Balam que hoy conocemos son, por tanto, trasuntos de aquellos del siglo XVI, unos de las centurias siguientes y otros de hace escasas décadas<sup>1</sup>.

1. Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón, *El libro de los libros de Chilam Balam*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pp. 10-11. Estos autores comparan en su obra los manuscritos de Maní, Tizimín y Chumayel, reconstruyendo con textos de los tres un libro de Chilam Balam ideal, el más completo quizá de los conocidos. Véase por ejemplo, entre otras muchas publicaciones dedicadas a estos documentos, Michel Boccara, «Les Livres du Prophète Jaguar», *Estudios de Cultura Maya*, vol. XVII, pp. 197-211, México, 1988. Existen numerosas publicaciones sobre las creencias populares de los mayas yucatecos actuales, casi todas ellas redactadas por autores locales; véase, por ejemplo, Roldán Peniche Barrera, *Fantasmas mayas*, Prelasa, México, 1982, p. 17. Oswaldo Baqueiro López, *Magia, mitos y supersticiones entre los mayas*, Maldonado editores, Mérida, 1983, pp. 29-31. También, Mary H. Preuss, «Los wayoob y los hechiceros de los cuentos mayas yucatecos», *Yucatán a través de los siglos* (coords. Ruth Gubler y Patricia Martel), Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 2001, pp. 195-211. Para una visión general de la etnografía yucateca es todavía útil el trabajo de Paul Sullivan, autor del famoso libro *Conversaciones inconclusas*; se trata de una síntesis publicada con el título «The Yucatec maya», en el *Handbook of Middle American Indians*, supplement 6, University of Texas Press, Austin, 2000. Una perspectiva histórica y sociológica en Laura Caso Barrera, *Caminos en la selva. Migración, comercio y resistencia. Mayas yucatecos e itzaes, siglos XVII-XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, sobre todo las páginas 17-122. Un libro esencial para el conocimiento de la continuidad cultural en el área maya es el de Victoria Reifler Bricker, *El Cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Para el significado y la continuidad del símbolo de las cuerdas, Arthur G. Miller, «The iconography of the painting in the Temple of the Diving God, Tulum, Quintana Roo, Mexico: the twisted cords»,

Queda por añadir a esta plausible reconstrucción del proceso de redacción y multiplicación de los textos, el rasgo ya citado de que los sucesivos depositarios se guiaron aparentemente por el estilo y orden que era moda entre los impresores de almanaques europeos, y por eso ciertos capítulos o apartados recuerdan poderosamente aquel tipo de lecturas tan extendido en todos los grupos sociales de España. Hasta qué punto el conocimiento de esos repertorios fue para los mayas acicate en la preparación de los libros de Chilam Balam, o por el contrario sólo coartada para disimular una información que se sabía de muy distinto origen y valor, es problema que todavía no podemos resolver, pero que conviene meditar. Cuando el tiempo fue pasando, los celosos guardianes de los libros sagrados olvidaron poco a poco el significado de determinados fragmentos, o tergiversaron inconscientemente la explicación de otros, quedando numerosas palabras petrificadas y adquiriendo su virtud antes por las resonancias que despertaban en las atentas inteligencias de los indios que por los misterios o secretos que realmente guardaban.

Entonces, los eruditos de la cultura blanca, investigadores o coleccionistas, descubrieron los libros de Chilam Balam. Fueron apareciendo en multitud de pueblos yucatecos: Chumayel, Tizimín, Kaua, Ixil, Tekax, Maní, Oxkutzcab, Tusik, Calkiní, Teabo, Chan Cah; y, visto el

*Mesoamerican Archaeology, New Approaches*, Duckworth, Londres, 1974, pp. 167-186. Sobre los *balamob*, Ascensión Amador Naranjo, «Yumtsilo'b/balamob: los dueños de la noche», *Perspectivas antropológicas en el mundo maya* (eds. J. Iglesias y F. Ligorred), pp. 487-496, Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid, 1993.

interés que mostraban los extranjeros por aquellos escritos polvorientos, individuos sin escrúpulos se dispusieron a hacer un fácil negocio. Los manuscritos fueron sacados de sus lugares de origen, de la Biblioteca Cepeda de Mérida sustrajeron varios entre 1915 y 1918, y las fuertes sumas ofrecidas por los norteamericanos condujeron a que, finalmente, algunos terminaran en las universidades o museos de Estados Unidos. Como ejemplo, veamos a continuación las peripecias sufridas por los más famosos, exceptuando el que es motivo de la actual edición, que será tratado más adelante.

El Chilam Balam de Tizimín procede de esta villa del oriente del estado de Yucatán, donde fue hallado a mediados del siglo XIX. Llegó a manos del párroco del lugar, Manuel Luciano Pérez, quien tuvo a bien donarlo después de unos años, hacia 1870, al ilustre historiador, y obispo de Mérida, Crescencio Carrillo y Ancona, él mismo de clara estirpe indígena –pues había nacido de padres mayas en una modesta choza de Izamal– y muy versado en temas prehispánicos. Junto con otros importantes documentos fue robado de la biblioteca pública que atesoraba una parte de los impresos del prelado, y sacado del país con dirección a Estados Unidos. Por último, pasó a engrosar los fondos del Museo Nacional de Antropología de México.

El Chilam Balam de Maní proviene de este pueblo del suroeste de Yucatán, solar del famoso linaje de los Xiu, legendarios gobernantes de la gran ciudad arqueológica de Uxmal. Fue recopilado por el filólogo y erudito yucateco Juan Pío Pérez alrededor de 1838, es decir, una copia del original –tal vez una síntesis de los originales, que

puedieron ser cuatro según Cari H. Berendt— pasó a formar el núcleo del conjunto de papeles reunido y preparado por el investigador durante su estancia en diferentes localidades de la región. Todo ello fue denominado por Carrillo y Ancona *Códice Pérez*, sustituyendo al título *Principales épocas de la historia antigua de Yucatán* que había propuesto el lingüista. Los materiales, fragmentos de los libros de Maní e Ixil —quizá también del de Oxkutzcab— y documentos de tierras de Sotuta, fueron propiedad sucesivamente del señor Carlos Peón y de la familia Escalante de Mérida. Además, Pérez había obsequiado al explorador John Lloyd Stephens un texto en maya copiado sin duda de los libros indígenas de Maní, junto con su traducción al castellano y un extenso comentario: *Traducción y juicio crítico de un manuscrito en lengua maya que trata de las principales épocas de la historia de esta península antes de su conquista. Para el Sr. D. Juan L. Stephens su amigo Juan Pío Pérez, Peto, 5 de abril de 1842*. El estadounidense publicó en 1843 la versión inglesa con el texto maya en un apéndice a la célebre obra *Incidents of Travel in Yucatan*, pero omitió algunos de los comentarios de Pérez<sup>2</sup>.

Los Chilam Balam de Tekax y Nah pueden mencionarse juntos, ya que las páginas 1 a 30 del segundo son copia del primero (porción calendárica que también aparece en los manuscritos de Kaua y Maní). El libro de Tekax

2. Véase Alfred M. Tozzer, *A Maya Grammar*, Dover Publications, Nueva York, 1977, pp. 184-185; John L. Stephens, *Incidents of Travel in Yucatan*, Dover Publications, Nueva York, 1963, vol. II, pp. 322-327. Crescencio Carrillo y Ancona, *Disertación sobre la Historia de la Lengua Maya Yucateca*, Mérida, 1937.

procede de esta localidad del sur de Yucatán; tiene treinta y seis páginas, aunque aparenta estar incompleto, y se sabe que estuvo en poder del investigador y coleccionista estadounidense William Gates, para acabar por último –con sólo veintiocho páginas– en el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. El Chilam Balam de Nah es el único que lleva el nombre de sus redactores, José María y Secundino Nah, y no el del pueblo donde se escribió, Teabo, no lejos de Tekax hacia el norte. Fue ésta una decisión de Gates, justificada en cierto modo porque existen otros documentos mayas originarios del mismo lugar; pasó igualmente con toda probabilidad por las manos de Crescencio Carrillo y Ancona, Carl H. Berendt, Daniel Brinton y otros, y ahora se encuentra en la Universidad de Princeton.

El Chilam Balam de Kaua es quizá el tercero en importancia, después del Chumayel y del Tizimín, y el más voluminoso, con doscientas ochenta y dos páginas. Fue propiedad del obispo Carrillo y Ancona y del señor Ricardo Figueroa; depositado en la Biblioteca Cepeda de Mérida en 1913, desapareció poco más tarde y se ignora actualmente su paradero.

El Chilam Balam de Ixil estuvo también en poder del señor Ricardo Figueroa. Había sido copiado por Pío Pérez en Ticul alrededor del año 1837, y fue a parar, como tantos otros documentos valiosos, a la biblioteca del obispo historiador. Perdido algún tiempo, o confundido en el mismo legajo que el libro de Tizimín, se encuentra ahora en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología de México, identificado por Alfredo Barrera Vás-

quiz como el manuscrito primitivo fechado muy a principios del siglo XVIII.

Aparte de esta breve reseña que aquí ofrecemos, sería labor engorrosa –e inútil para los fines presentes– enumerar las decenas de copias, traducciones y ediciones totales o parciales que se han hecho de los libros en lengua maya de Chilam Balam. En la bibliografía general que remata esta introducción podrá ver el lector qué documentos importantes se hallan hoy al alcance del público interesado, en publicaciones de fácil adquisición, y qué comentaristas modernos han sumado sus voces a los infatigables eruditos decimonónicos. De mayor interés será sin duda insistir en el contenido de estos peculiares ejemplos de la literatura indígena posterior a la conquista, que, por la cantidad catalogada y el marcado carácter esotérico de los conocidos, constituyen un género que no tiene parangón en otras partes de América. Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón resumen de la siguiente manera el heterogéneo cúmulo de materiales que suele descubrirse en los libros de Chilam Balam:

1. Textos de naturaleza religiosa: a) puramente indígena; b) cristianos traducidos al maya; 2. Textos de tipo histórico, desde crónicas con registro cronológico maya a base de la llamada *cuenta corta* (períodos de 7.200 días o katunes dispuestos en series de trece. Un katún es un lapso de 20 años-tunes de 360 días cada uno) hasta simples anotaciones de acontecimientos muy particulares sin importancia general; 3. Textos médicos, con o sin influencia europea; 4. Textos cronológicos y astrológicos: a) tablas de series de katunes con su equivalente cristia-